

VISIONES DE UN MAÑANA ALEATORIO. NOTAS SOBRE EL INTELLECTUAL REPUBLICANO-CATALANISTA ANTE LA GRAN GUERRA

ÁNGEL DUARTE
Universitat de Girona
angel.duarte@udg.edu

(Recepción: 12/05/2014; Revisión: 29/09/2014; Aceptación: 29/09/2014; Publicación: 18/05/2015)

1. LA GUERRA COMO ENCRUCIJADA Y COMO OPORTUNIDAD, MÁS ALLÁ DE LA CULTURA.–
2. NACIONALIZAR EN PLENO COLAPSO DE CIVILIZACIÓN.–3. POR EL AMOR DE FRANCIA,
«MARE DE POBLES».–4. WILSONIANOS ANTES QUE PIMARGALLIANOS.–5. UNA NOTA
SOBRE *CARTES D'UN VISIONARI*.–6. A MODO DE CONCLUSIÓN.–7. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

La intelectualidad nacionalista y republicana, sujeto animador clave en el despliegue de la izquierda del nacionalismo catalán, recibió el impacto directo de la Primera Guerra Mundial. El apoyo a los aliados se concibió, incluso desde antes de julio de 1914, como un elemento decisivo en la movilización política y cultural. Dicha movilización debía contribuir a la nacionalización de la sociedad catalana, a la singularización de su agenda política en relación a los restantes pueblos de España y a la internacionalización de la cuestión catalana. La percepción de que en los campos de batalla europeos se combatía por la complementariedad de la democracia, el progreso social y el principio de autodeterminación de las nacionalidades constituyó el sustrato sobre el que se alzó el activismo de los colectivos intelectuales aquí abordados.

Palabras clave: republicanism; nacionalismo; movilización cultural; Primera Guerra Mundial; Cataluña.

VISIONS OF A RANDOM TOMORROW. NOTES ON THE REPUBLICAN-CATALAN INTELLECTUAL AND THE GREAT WAR

ABSTRACT

The nationalist and republican Catalan intelligentsia, key subject on the display of the leftist Catalan nationalism, received a direct impact of the First World War. Support for the Allies was conceived, even before July 1914, as a decisive element in the political and cultural mobilization. This mobilization contributed to the nationalization of the Catalan society, the singling out of its political agenda in relation to the other peoples of Spain and the internationalization of the Catalan question. The perception that in the European battlefields people were fighting complementarity for democracy, social progress and the principle of self-determination of nationalities was the substrate on which rose the activism of intellectuals analyzed in this article.

Key words: republicanism; nationalism; cultural mobilization; First World War; Catalonia.

* * *

1. LA GUERRA COMO ENCRUCIJADA Y COMO OPORTUNIDAD, MÁS ALLÁ DE LA CULTURA

En 1914 la comunidad intelectual que tenía su epicentro en Barcelona, que escribía usualmente en catalán y que consideraba que su nación era Cataluña constituía la parte decisiva, por mayoritaria que no única, de la vida cultural catalana. Integraba, dicha comunidad, a gente de procedencia geográfica y de condición generacional diversa. Quienes habían participado de los años gloriosos del *modernisme* convivían, más o menos cordialmente, con aquellos otros que enunciaban, desde posiciones hegemónicas, los códigos burgueses e imperiales del *noucentisme* (1). Quienes habían nacido en el *cap-i-casal* compartían espacios de sociabilidad y empresas editoriales y periodísticas con los venidos del mundo comarcal y aun de otras regiones españolas. Pugnaban, todo ellos, por hacer realidad una aspiración que Vicente Cacho Viu dio por establecida, acaso prematuramente, para los años de entre siglos: la independencia cultural de Barcelona respecto de Madrid y, en definitiva, de Cataluña en relación a la España castellana (2).

Una manumisión alcanzada gracias a la palingenesia del alma nacional. Una soberanía en el plano intelectual que precedería, primero, y acompañaría, siem-

(1) UCELAY DA CAL (2003).

(2) CACHO VIU (1998).

pre, a la articulación de un sistema subestatal de partidos políticos y a la toma y creación de viejos y nuevos marcos institucionales de poder –desde los ayuntamientos, en los que la batalla por la escuela resultaría decisiva, a la recién establecida, en abril de 1914, Mancomunidad (3)–. La combinación de este último dato, el de la apertura de un proceso de creación de *instrumentos de Estado* desde los que constituir *nación*, con la irradiación creciente del principio de autodeterminación de las nacionalidades en el contexto de la conflagración europea no resultó en absoluto ajena a la consecución del logro de la independencia cultural.

De hecho, en 1915 Antoni Rovira i Virgili abría una recopilación de sus artículos, publicados previamente en prensa desde 1911, asegurando que, en realidad, el sentimiento nacional (catalán) era debilísimo, la hostilidad del resto de España no ya frente al catalanismo (que también) sino en relación a Cataluña era grande y que, por si todo ello fuera poco, la izquierda era, en materia de reconocimiento de los derechos colectivos de la nación catalana, insincera. También, se entendía, lo era una parte nada desdeñable de la izquierda catalana. Por todo ello la labor primera en la que había que ocuparse la intelectualidad catalanista y republicana era la de la independencia espiritual. «Catalunya ha d'èsser, espiritualment, un Estat sobirà, una unitat distinta dins la varietat dels pobles» (4).

La colectividad intelectual que, aprovechando la circunstancia de la Gran Guerra, debía impulsar esa tarea patriótica se expandía, más allá de Barcelona, por las comarcas y se visualizaba, gracias a la potencia rectora de figuras locales que disponían de contactos en los medios barceloneses, en la red de ciudades intermedias que tejían y daban consistencia al país. Era una comunidad compuesta, sin duda, por jóvenes admiradores y seguidores de Lluís Domènech i Montaner, Enric Prat de la Riba y Francesc Cambó, aunque en ella, y muy a pesar del magisterio *noucentista*, monárquico, clasicista, nacionalista e imperial de Eugeni d'Ors, tuviese un peso creciente el componente republicano, heredero en diverso grado de la cultura federal y en tránsito, de manera más o menos sólida, al campo de la democracia nacionalista y republicana en toda su amplia gama de matices (5).

Estaba, dicha colectividad en su vertiente postfederal, integrada por periodistas de combate, poetas líricos y cronistas del pasado o del acontecer coetáneo

(3) PÉREZ-BASTARDAS (2003). BALCELLS, PUJOL y SABATER (1996). Para el sentido que la historia nacionalista otorga a la Mancomunidad, véanse BALCELLS (2014) y COLOMINES y MADLAULA (2014).

(4) ROVIRA I VIRGILI (1915): 8. El «ha d'èsser» se opone, en este contexto, al «és». Rovira, como señala Xavier Pla, se sintió interpelado, como el grueso de su generación, a derecha e izquierda, por la obra de Charles Maurras. Esa influencia no resulta, en esos años, en absoluto ajena a los puntos de vista de Rovira acerca de, entre otros aspectos, la unidad espiritual de la nación; PLA (2012): 10.

(5) CACHO VIU (1997).

que definieron su compromiso cívico en el ámbito que giraba, desde finales de 1904, alrededor de *El Poble Català* y otras empresas editoriales identificadas con el Centre Nacionalista Republicà o la Unió Federal Nacionalista Republicana (UFNR). También contaba con profesionales de nuevo cuño, aunque en no pocas ocasiones, a la hora de hacer recuento, fuesen todavía omitidos. Una nota aparecida en *La Campana de Gràcia* –otra cabecera, esta con cerca de medio siglo de existencia, articuladora de tal esfera político-cultural– daba cuenta, en 1919, del sentido de la trama más allá de las siglas o de las expresiones organizativas concretas:

«Mireu: agafeu un republicà de Lleida, l’Humbert Torres, l’Alfred Pereña; recollíu el pensament d’un republicà de Figueres, En Josep Baró o En Puig Pujades; replegueu conversa d’un de Tarragona, d’En Lloret, o del grup de l’antic *Foment de Reus*; pugeu per la costa i parleu amb els xicots de *Germanor* fins arribar a Girona, davant d’En Carles Rahola –nomeno, en general, als escriptors, no pas als professionals dels càrrecs representatius– i trobareu una coincidència d’opinió sobre qualsevol aconteixement» (6).

Los escenarios acaso no fueran del todo esos. O no eran esos, como mínimo, a principios del año decisivo de 1914 cuando las conformidades de criterio no abarcaban «qualsevol aconteixement». Es cierto que para la batalla dada por la constitución de la Mancomunidad Prat de la Riba había contado, tanto en Madrid como en Barcelona y sin prácticamente fisuras, con la colaboración activa de la intelectualidad republicana, nacionalista o no –con desigual entusiasmo, claro está–. De hecho, pasados los efectos deletéreos de la Semana Trágica, la composición del campo ideológico catalanista, en la que el elemento literario y artístico seguía jugando un papel determinante, pasó por el combate por la constitución de una administración supra provincial. El frente unido en la negociación con las autoridades del Estado no había podido encubrir, sin embargo, unas líneas de fractura internas que tanto o más que en función de la confrontación liberalismo democrático/conservadurismo católico ponían de relieve las indefiniciones y discrepancias asociadas tanto a la perentoria cuestión social como las relativas a las identidades nacionales.

La incapacidad de la izquierda catalanista, encabezada por probados hombres de letras, para atraerse a las multitudes obreras de Barcelona y de las comarcas fabriles daba alas a la competencia anarcosindicalista cuando no al más controvertido pero no menos real pique lerrouxista (7). Con la intención de abordar este déficit, y de hacerlo mediante un ejercicio de recomposición y reconciliación intrarpublicana unas pocas figuras intelectuales, situadas en el

(6) *La Campana de Gràcia*, 12 de julio de 1919, p. 2. Cf. TEIXIDOR COLOMER (2013): 35.

(7) En conferencia dada en el Teatro Circo Barcelonés el 4 de diciembre de 1910, *Negacions i afirmacions del catalanisme*, el ensayista y poeta mallorquín Gabriel Alomar, redactor en *El Poble Català*, acusaba a los dirigentes de la izquierda catalanista de ser incapaces, por orígenes sociales, de atraer hacia una política catalana –entiéndase catalanista– a la masa obrera.

corazón de ambas culturas republicanas, Jaume Carner y Pere Coromines, por un lado, Hermenegildo Giner de los Ríos, por el otro, impulsaron el denominado Pacto de San Gervasio (8). El acuerdo, alcanzado en marzo, dinamitó el precario equilibrio existente en la redacción de *El Poble Català* –por razón de la estrategia nacional tanto como en lo relativo al reformismo social– y en los órganos de dirección de la UFNR. Pronto una serie de personalidades clave salieron por motivaciones diversas –hostilidad al españolismo de los radicales, denuncia del uso demagógico e instrumental de la cuestión social que hacían los seguidores de Lerroux– del partido y este acabaría naufragando. El pacto no logró, en términos electorales, lo que pretendía: acabar con, o como mínimo erosionar, el ciclo hegemónico de la Lliga Regionalista. Tampoco pudieron evitar, mediante el compromiso entre republicanos, el desliz hacia el campo dinástico de no pocos demócratas catalanes. Deserciones o, dicho de otro modo, incorporaciones al reformismo *melquiadista* –por otro lado tan dado a las ínfulas intelectuales– (9), no fueron escasas en esos tiempos. La tentación, constante, por pasar de la política a la cultura, por entender la primera como un ejercicio de educación del pueblo y la segunda como un instrumento de forja de ciudadanía, junto a los fracasos electorales y las impotencias e interrupciones organizativas, así como el reflejo individualista, hicieron de la mayor parte de esos intelectuales comprometidos hombres de empresas políticas discontinuas.

Por un momento pareció que la guerra restauraría, gracias a iniciativas aliadófilas como las apuntadas, una precaria entente interna. En realidad acabarían siendo coyunturas como la vivida en 1917 las que agilitarían las recomposiciones. Entre uno y otro impulso, hallaremos intelectuales que se ponen al frente de las multitudes. Intelectuales que cogen la pluma o se suben a la tribuna. Intelectuales que se ocupan de viajar al frente, como Agustí Calvet con motivo de la visita de Blasco Ibáñez a las trincheras en la primavera de 1915. Intelectuales, menos, que se incorporan como voluntarios. El más destacado, y singular, Frederic Pujolà i Vallès. Autor de ensayos y novelas en las que sustancia su experiencia en el frente de Verdun, Amadeu Hurtado tendrá ocasión de preguntarse el por qué este hombre «de gallardía y de coraje, rico e inteligente, tan de Cataluña y tan de Europa, no ha ocupado en nuestra política y en nuestra literatura, lugares de honor?». Había esquivado la popularidad y ahora «se bate». Desde Barcelona, Hurtado podrá escribir «Pujolà [*sic*] siente, como nosotros, que batirse por Francia es casi batirse por Cataluña» (10).

En cualquier caso, el anterior recuento propuesto por Màrius Aguilar –el usuario habitual del seudónimo *Paradox*– en 1919 (y lo mismo cabría decir para las facciones presentes en 1914) corresponde a un agregado de hombres de le-

(8) En el ámbito editorial la plasmación más acabada del ejercicio de recomposición republicana se concretó en el libro editado por NAVARRO (1915) con prólogo de Pedro Corominas y resúmenes históricos a cargo de Emiliano Iglesias y Juan Arderius.

(9) SUÁREZ CORTINA (2011).

(10) *Iberia*, 29 de mayo de 1915, p. 11.

tras que no habían roto los lazos con las demás comunidades intelectuales españolas. De hecho, con el mantenimiento de correspondencia y de otras complicidades, y siguiendo el proceder de Joan Maragall y Miguel de Unamuno entre 1900 y 1911, los vínculos se intensificaron y devinieron más relevantes en las dos primeras décadas del siglo en tanto que se producían desde un reconocimiento mutuo de parte y abordaban una agenda aparentemente irrestricta (11). Cuando en abril de 1915, respondiendo a la petición de los creadores del semanario aliadófilo *Iberia*, Unamuno envía una carta con la que la publicación saludase a sus lectores, evocará ese momento primero:

«No hace muchos años el inolvidable Maragall, mi amigo del alma, y yo proyectábamos haber fundado una revista, que habría de haberse llamado *Iberia* y estar escrita en las lenguas literarias de la península: castellano, catalán y portugués».

La empresa surgía ahora de idéntico impulso favorable al acercamiento espiritual. El deseo de reconocerse y entenderse, dice Unamuno, resucita al conjuro de la guerra europea y concede a esta la virtud de obrar como catalizador de «sentimientos nacionales dormidos». La guerra es un acontecimiento capaz de lograr que los pueblos vuelvan la mirada hacia sí mismos y de conseguir que, en clave regeneracionista, hagan examen de conciencia y saquen consecuencias y expectativas de redención para el porvenir. Acaba, la nota, con el deseo que la oportunidad dada con la guerra en materia de cooperaciones y labores compartidas no se clausure con el fin de las hostilidades:

«Que esta revista, nacida al trágico calor de la guerra, sobreviva a la paz y que sirva de hogar en que aprendamos a conocernos los distintos pueblos ibéricos, a conocer lo que nos diferencia que es a la vez conocer lo que nos une; en que aprendamos también a disentir con clara conciencia de nuestros disentimientos. Y que nadie de fuera venga a querer organizarnos. (...)» (12).

La guerra era, para los intelectuales republicanos y nacionalistas, algo más que un descalabro político o una tragedia humanitaria. Era un punto y aparte en la historia de Europa y en los procesos civilizatorios. Lo fue desde la primera toma de posición colectiva como catalanes y como ciudadanos de la «República universal de l'Esperit». El posicionamiento no estuvo exento de tensiones. A finales de marzo de 1915, en *L'Esquella de la Torratxa* se daba a conocer el «Manifest dels Catalans». Unas semanas antes, a principios de fe-

(11) EPISTOLARIO (1951). EPPS (2005).

(12) *Iberia*, 10 de abril de 1915, p. 3. La nómina de colaboradores en 1919, aquella que se reúne alrededor de una mesa en banquete de la victoria y en presencia del cónsul general de Francia, contará con Claudi Ametlla, Romà Jori –director de *La Publicidad*–, «el periodista Màrius Aguilar, l'historiador i polític Antoni Rovira i Virgili, l'escriptor Alexandre Plana, el poeta Josep Maria Junoy, el dibuixant Feliu Elias i el novel·lista Prudència Bertrana, a més de l'advocat i exdiputat Amadeu Hurtado». Junto a ellos, pintores, impresores, veterinarios, ingenieros,...; en SAFONT (2012): 23-24.

brero, Màrius Aguilar anunciaba a sus lectores en el mismo semanario que estaba circulando por Barcelona un mensaje dirigido a Francia, «un missatge breu i fort com una proclama» y que los promotores del mismo están recogiendo «els noms dels nostres homes de lletres, d'arts, de ciencia i de política». Aguilar introduce, al dar la noticia, dos postilas críticas. No para con el resultado final del mismo sino para con la lentitud y vacilaciones que su gestión puso en evidencia. La primera, el hecho que la parsimonia catalana, y aun el protagonismo de d'Ors, habrían patentizado que, a pesar de que los catalanistas blasonaban de europeístas por contraste con el resto de españoles, resultaba ser que en Madrid, los hombres de la generación del 98, excepto Baroja, habían amenazado con avanzarse a los catalanes en materia de superioridades morales. La segunda, que las dudas en Cataluña, y entre los intelectuales catalanistas, habían arrancado de la condición unitaria, y unitarista, de Francia. A pesar de que Aguilar ponga voz al contradictor de tal tesis haciéndole argumentar que Alemania «és un Estat creat per armes, prussianitzat per les armes i que si conserva una constitució federal és per aconseguir perfeccions d'organització» y proceder desde ellas a la organización/dominación de Europa y el mundo, lo cierto es que la primera de las objeciones, la relativa al jacobinismo liquidador de las patrias regionales, conseguirá en no pocos momentos sembrar dudas, menores si se quiere, entre la intelectualidad nacionalista –incluso en parte de la republicana (13)–.

Al final, el manifiesto –«el primer manifiesto de intelectuales en el que de forma clara y directa se expresa el deseo de un triunfo de la entente franco-británica, con singular olvido de Rusia» (14)–, aparece publicado en el mismo órgano de prensa y remarca la sintonía especial con Francia –por razones tan escasamente republicanas como la raza, la sangre y la lengua–, debido a la común mediterraneidad y latinidad. Indica, así mismo, la empatía específica para con las naciones o pueblos pequeños, tales que Bélgica o Serbia, víctimas primeras, se presupone, de la agresividad de los grandes estados imperiales. La relación de adherentes, encabezada por Rovira i Virgili, llega al centenar largo e incluye políticos que firman como tales –explicitando su condición de senadores, diputados, diputados provinciales o regidores– y, mezclados con ellos, literatos, periodistas y toda suerte de artistas, plásticos o musicales; un gran número de médicos y abogados; unos cuantos pedagogos; algún presbítero; una porción nada desdeñable de científicos, economistas, ingenieros o arquitectos así como algunos elementos directivos de las instituciones acogidas o desplegadas por la Mancomunitat –desde bibliotecas y laboratorios a escuelas de formación de cuadros para la administración pública–. La condición intelectual, al calor de la simpatía para con Francia, se amplía con inesperadas profesiones y con nuevos espacios de gestión. Llega, de hecho, hasta el punto de permitir la

(13) *L'Esquella de la Torratxa*, 12 de febrero de 1915, p. 98.

(14) JULIÀ (2013): 136-137.

inclusión, excepcional en esta suerte de iniciativas, de Carme Karr, «escritora i directora de *Feminal*» (15).

2. NACIONALIZAR EN PLENO COLAPSO DE CIVILIZACIÓN

Las intervenciones que menudean en las semanas siguientes a la aparición del manifiesto procurarán incidir en la excepcionalidad del acontecer militar. Un avatar del que España, y Cataluña, escapan por causa de la neutralidad del Estado. «És –sentencia Rovira– l'última guerra gran» (16). Por su parte, el algo más veterano Pere Coromines gustaba de presentar ante sus lectores unos campos de Europa empapados de la sangre de sus jóvenes más honestos y emprendedores. Unos campos en los que la vida amable, menestral y pequeño burguesa, vida que se habría ido conformando, a pesar de los sobresaltos, desde la antigüedad clásica hasta la actualidad, se había visto ahora turbada irremisiblemente. En la geografía europea reinaba la desolación. Sus tierras abiertas se habrían transformado en la estepa en la que miles de hombres integrados en multitudes anónimas se arrojaban los unos contra los otros empujados por un arrebatador afán de destrucción mutua. Mientras tanto, las mujeres, las criaturas y los viejos resistían ante tanta desolación y, apretando los dientes, procuraban vencer la angustia: «Les terres verdejants de pàmpols es cobreixen d'homes brutalment sacrificats en la flor de la vida, i les mares que els van parir encara tenen esma de recordar-se de la pàtria». Un Cafarnaúm a mayor gloria del militarismo prusiano. Un deshacer la obra civilizadora de siglos. Un pretender acabar con la obra del pensamiento latino (17).

La guerra también consistía en algo más que una tragedia convencional para jóvenes como Lluís Nicolau d'Olwer, quien acabará en el republicanismo pero que por entonces giraba alrededor de las juventudes de la Lliga Regionalista. Al iniciarse las hostilidades había impulsado junto a Eugeni d'Ors la asociación surgida del Manifest dels Amics de la Unitat Moral d'Europa –plataforma que, a fuerza de distingos y de inflexiones humanistas algo nebulosas, pasará por ser germanófila y se convertirá en el polo alternativo de atracción y posicionamiento de la intelectualidad catalana en relación a la guerra (18)–. Tras dejar atrás ese primer posicionamiento neutralista Nicolau d'Olwer colabora en *Iberia* y desde sus páginas define la conflagración europea como un magno acontecimiento histórico, como un estremecimiento únicamente comparable, y aquí aparece el erudito, a «les guerres de la Reforma i de l'Imperi en l'edat moderna i a les Mèdiques i Púniques en l'antiga». Un historicismo de largo aliento, en absoluto

(15) SEGURA (2007). ARNAU (2006).

(16) *Iberia*, 29 de mayo de 1915, *L'hora dels pobles*, p. 10.

(17) COROMINES (1972): 1468a, «Per l'amor de França», 9 de septiembre de 1914.

(18) JULIÀ (2013): 136. FUENTES (2009), (2011) y (2013).

privativo de Nicolau, impregna las visiones de la Europa inflamada por el conflicto. Se remonta a la antigüedad clásica, a las guerras de religión –la Prusia luterana contra Roma– y llegan hasta 1914.

Nicolau d’Olwer, de la analogía en cuanto a las proporciones, y significado, infiere un explícito resultado. La guerra del 14 operará como las grandes conflagraciones: «Com un gran terratrèmol desplomarà edificis que ja trontollen i obrirà el sol con altres de nous han d’assentar llurs fonaments» (19). Menos lírico, y aflautado, que Coromines se muestra Nicolau; pero en absoluto menos contundente en la apreciación de fondo.

Una Europa apenas entrevista emergerá fruto de la contienda –Nicolau está expresando, con estas afirmaciones, lo que es una creencia compartida, una certeza– y surgirá un concierto de naciones difícilmente imaginable para quienes han vivido la plenitud de los Estados-nación del Ochocientos. En buena medida porque, como remarca el jurista Frederic Rahola desde los primeros meses de 1915, «en el fondo de la actual guerra europea, prescindiendo del aspecto económico, palpita el espíritu de las nacionalidades oprimidas» (20). La cuestión es si Cataluña será capaz de sumarse. En el pasaje del conflicto bélico a la posguerra, en ese momento en que se procurará mediante negociaciones entre vencedores y vencidos la solución del mencionado principio de las nacionalidades, Cataluña, presumen Nicolau o Rovira, se hallará en una posición de debilidad dado que su proceso de renacimiento nacional todavía es precario y tiene, por lo tanto, dificultades para hacerse oír. Aun admitiendo tal circunstancia, y siendo hábiles, lo menos nocivo sería que Cataluña, «poble menut i inerm», no sufra los efectos de una hipotética victoria, en palabras de Nicolau d’Olwer, del imperialismo militar alemán –descentralizador pero absorbente y eficaz en uniformizar comunidades–, del bizantinismo burocrático de Austria, de la brutalidad magiar y de la barbarie turca.

La opción empieza siendo, en casos como el de Nicolau, la del mal menor para irse desplegando, en la medida que avanzan las hostilidades, y las brutalidades, en un sentido más desacomplejadamente francófilo. La posición de Nicolau acaba siendo, pronto, idéntica a los de los intelectuales vinculados a propuestas nacionalistas republicanas en ese y en otros puntos. Sin ir más lejos, en el relativo a la caducidad, una vez abiertas las hostilidades, de los criterios humanitarios y pacifistas a lo Romain Rolland (21). Aunque, por otro lado, re-

(19) BALCELLS (2007): 17. Analogía en NICOLAU D’OLWER (2007): 94-96. D’Ors constituye el punto de contraste –agrío en la práctica totalidad de ocasiones– para el aliadófilo republicano. En rigor, el clima en el seno de la comunidad intelectual catalana llegó a ser de genuina guerra civil. Aunque encaramado en puestos de conducción cultural en esos años –d’Ors sería director de Instrucción Pública de la Mancomunidad–, acaso la censura que su labor recogió en 1920 no fuese ajena a ese cultivo de las enemistades, en materia de filias, en tiempos de la Primera Guerra Mundial.

(20) *Iberia*, 29 de mayo de 1915, p. 13. NÚÑEZ SEIXAS (2010): 42-43.

(21) *Iberia*, 10 de abril de 1915, p. 6.

sulta singular en la medida que, por razones de formación –experiencia académica, lecturas– y generacionales, no solo no atribuye a la cultura francesa, o al espacio de la latinidad, la prerrogativa de los valores ilustrados y de la sabiduría moral sino que sabe, y no se recata en proclamar, que estos son, por definición, comunes «a banda i banda com l'aire i la volta estrellada del cel» (22).

El problema no era, para Nicolau, cultural. O, en todo caso, quizás lo fuese, de cultural, en tanto que político. Era, para ser exactos, nacional. Y era en este punto donde adquiriría su sentido la preocupación intelectual por la debilidad, las flaquezas o inconsistencias de la nación. Toda la efervescencia y la capacidad de compromiso intelectual debían ir encaminadas a superar la distancia que, en materia de proyecto y conciencia –o «espíritu»– nacional, existía entre la vanguardia cultural y las multitudes. Para internacionalizar era preciso, previamente, nacionalizar. La guerra activó las urgencias en la medida que, con mayor o menor optimismo, se abrían expectativas de aceleración del tiempo histórico. La Mancomunidad favorecía, sin duda, la labor interior. Iniciativas como *Iberia*, o la propia producción intelectual y erudita de cada uno de sus colaboradores, facilitaba, junto a la labor de los impulsores de iniciativas como la de los Voluntaris Catalans y su comité de *germanor*, un salto adelante en la nacionalización de Cataluña y, en la medida que ello era así, en la internacionalización de la cuestión de los catalanes (23). Las visitas a los frentes, los homenajes a mariscales franceses o las manifestaciones catalano-francesas en la Perpiñán de 1917 serían los escenarios privilegiados por esa intelectualidad catalanista para uno –nacionalización de las masas– y otro –internacionalización de la cuestión catalana– objetivos.

De las dificultades apuntadas como diagnosis, en este tipo de miradas, la intelectualidad republicana nacionalista pasaba, a menudo, pudorosamente sobre la primera –la de la debilidad propia en su engarce con unas masas catalanas no siempre resueltas a la independencia cultural– para centrarse en el denuesto de lo español. Mediante alusiones a afirmaciones de Pío Baroja o de Azorín se advierte al lector patriota que, en tiempos de quiebra continental, en España predomina un ambiente extraeuropeo –¿africano?– que esteriliza los esfuerzos de los catalanistas por hacerse entender. Un muro opaco separa a España de Europa. Es cierto, admite Rovira, que hay intelectuales españoles que son, al tiempo, europeos. Pero tienen escasa influencia. Constituyen la gloriosa excepción a un desafecto general (24). Además, y en realidad, incluso esa intelectualidad española que se cree y quiere europea no está atenta, de forma genuina,

(22) Cf. nota 19.

(23) Organizados por el doctor Joan Solé i Pla, los voluntarios visibilizaron el compromiso del nacionalismo radical próximo a la Unió Catalanista de Domènec Martí i Julià con Francia. El Comitè de Germanor con los voluntarios dio visibilidad interna a la expedición. MARTÍNEZ FIOLE (1991). ESCULIES y MARTÍNEZ FIOLE (2013). NÚÑEZ SEIXAS (2010): 43-48. FUENTES (2014): 80-89.

(24) *Debats*, p. 12: «Els intel·lectuals verament europeus no manquen, si bé llur influència és ben poc marcada».

intensa, continuada a lo que acontece en el continente. La guerra, dice, ha permitido verlo con claridad. Aunque el ejemplo que usa Rovira i Virgili no deja de contener dinamita. En síntesis, Rovira acusará a Azorín, quien asegura que el socialista Gustave Hervé ha evolucionado de su antiguo militarismo y previo antipatriotismo a un compromiso con la nación en armas, de no estar avisado. Esta evolución, efectivamente, data, como señala certeramente Rovira, de 1912. No es un problema menor; sin embargo, el entusiasmo con el que Rovira saluda una modificación del compromiso político en un itinerario que del socialismo pacifista conducirá, a la referencia ahora adulada, la de Hervé, a las simpatías para con Mussolini, el fascismo italiano y el nacional socialismo (25).

La conversión de la solidaridad aliadófila en un material preciado para la agenda nacionalizadora catalana podía hacerse por un doble camino. Podía presentarse como una ocasión para que Cataluña recuperase la iniciativa en la península ibérica en concepto de paso previo a una futura expansión internacional en un marco de sociedad de naciones de posguerra reformulado: «Nosaltres proclamem la realitat del problema nacionalista ibèric i acceptant-ne tota la significació d'un fet innegable l'acollim en aquesta Revista –en fórmula de Josep M. López Pico– amb la triple significació de les tres llengües de les nostres Nacionalitats» (26). Pero también podía hacerse desprendiéndose del factor retardatario, de la losa. A menudo se optará por ahondar en este género de argumentos y valoraciones. En la caricatura. Una de las paradojas de la francofilia es que denuncia, desde un regeneracionismo autóctono que ha venido a poner punto y final a la «corrupción española», la afirmación alemana de que han venido a poner fin a la «corrupción latina». Frente a la barbarie y el egoísmo, denuncia Rovira, los alemanes se presentan como los regeneradores de Europa, en lo que no deja de ser una reedición de la imagen de la virtud bárbara frente a la corrupción romana, de la sangre joven frente al cuerpo gangrenado. Es una memez, escribe, presentar a Alemania como un pueblo fuerte, viril, virtuoso, en oposición a un mundo latino inmerso en un proceso general de decadencia. Para, a renglón seguido, sostener:

«A Espanya veuen així el problema els seminaristes, els jaumins, els fabricants enèrgics, les dames piadoses i els coronells retirats. La creenea comú de la gent mostra en les terres ibèriques, un retràs de vinticin anys, pel cap més baix, respecte al moviment general del món. La cronologia mental dels espanyols no coincideix amb la cronologia històrica. Se viu, a Espanya, a tanta distancia de la cultura euro-

(25) De la volatilidad de los análisis, y de su limitada validez a coyunturas concretas, da cuenta, por ejemplo, el siguiente comentario de Rovira: «El socialisme oficial italià, mig desfet per l'escissió dels socialistes reformistes, ha rebut ara el cop mortal. Pel portell que obrí en la muralla del partit en Benet Mussolini, el bó i millor de la seva gent se n'ha anat», en *Iberia*, 22 de mayo de 1915, *Proletariat i neutralitat*. El Rovira antifascista –aunque no menos intervencionista– de las décadas de 1920 y 1930 tendría ciertas dificultades a la hora de reconocerse en esta afirmación.

(26) NÚÑEZ SEIXAS (2010): 70. *Iberia*.

pea, que quan la claror de les idees i dels fets hi arriba, fets i idees ja han passat, talment com la claror dels llunyans estels».

El estereotipo se combate con el mismo tipo de materiales culturales (27). Había que insistir en que España era un yermo a la altura de 1913. La desatención, o el desinterés, por los avatares internos de la política española –acaso con la excepción de Coromines, debido tanto a su gestión al frente de un partido que al cabo formará parte de la Conjunción Republicano-Socialista como a su vinculación de largo tiempo mantenida con los núcleos directivos de la democracia hispánica en su conjunto– era creciente (28). En guerra se sentaban las bases del giro *Catalunya endins!* Otra cosa era que ese fuese un principio republicano y federal, en el sentido ochocentista del término.

3. POR EL AMOR DE FRANCIA, «MARE DE POBLES»

La barahúnda aliadófila permitió que incluso elementos todavía más veteranos que el citado Coromines –al fin y al cabo el máximo dirigente, desde 1910, de la UFNR (29)– saliesen a la palestra y recuperasen, por momentos, una popularidad que iba de baja. Josep Pin i Soler, septuagenario prosista y dramaturgo tarraconense, autor ochocentista que se había declarado en rebeldía ante los esfuerzos modernizadores en materia ortográfica de la generación a la que pertenecía Pompeu Fabra, desde la tribuna que le fue otorgada en los juegos florales de Barcelona recuperaba la vivacidad y el protagonismo estableciendo una tesis muy del gusto del nacionalismo en proceso de radicalización: la de la guerra como conflicto entre imperios expansivos y dominadores y naciones libres y de reducidas dimensiones.

«Entre Francia y Bélgica, y las naciones que hoy la quieren avasallar, la elección no es dudosa, porque para nosotros, catalanes, la fuerza no es el derecho; para nosotros, las naciones de población numerosa no están autorizadas para señorearse de otras cuyo número de habitantes o de kilómetros cuadrados sea más reducido,

(27) *Iberia*, 10 y 17 de abril de 1915, p. 9. BILLIG (2006): 129-139.

(28) En Coromines la crisis que acompaña al estallido de la Guerra Mundial viene precedida de una intensa reflexión sobre las coyunturas españolas. Las primeras *Cartes d'un visionari* están marcadas por la mirada sobre la política monárquica y, en particular, por la posibilidad de acercamiento de parte de los legatarios del republicanismo histórico al campo de la monarquía para hacer posible la democracia y la reforma. La muerte de Canalejas condujo al monarca a buscar en los hombres de la ILE, en los Gumersindo de Azcárate, Melquíades Álvarez, Luis Zulueta, Manuel Pedregal, Bartolomé Cossío u otros, un material humano capaz de llevar a cabo esa labor. La alta valoración de Santiago Alba, impensable en un Rovira, por ejemplo, vendrá acompañada, en algún momento, acaso por desmarque respecto del tradicionalismo católico, con la significación de Alfonso XIII como «un esperit sanament lliberal i renovador». Ello en unos momentos en los que en España «el cèrcol dels convents no havia escanyat mai com avui la vida civil». COROMINES (1972): 957a, 957b y 961a.

(29) IZQUIERDO (2001), (2010).

considerando que tiene tanto derecho a vivir independiente el Estado geográficamente exiguo, como el que de tan extenso, ignora sus fronteras y, en consecuencia, creemos que el *Derecho*, el derecho sin sofismas ni distingos escolásticos; la *Justicia* sin escolios ni falsas interpretaciones se oponen a que las llamadas grandes naciones se apoderen brutalmente de las que sean de menor extensión».

Los principios abstractos dejan de ser neutros cuando se proyectan, medianamente sobreentendidos perfectamente comprensibles por los auditorios, sobre realidades concretas. Cuando Pin i Soler afirma que extensión no es grandeza, y que un pueblo no es grande por lo extenso de su territorio sino que lo es por las cualidades de los hombres que lo han constituido, «por las proezas de sus antepasados, por las virtudes cívicas de sus habitantes, por la justicia de sus leyes, por la prudencia y moderación de sus usos, por la pureza de sus costumbres» el auditorio entiende que no se está refiriendo, exclusivamente, a Alemania y Francia. En realidad la guerra permitía un fácil juego de espejos. Siempre, claro está, que se obviase el problema de la eficaz gestión devastadora del Estado francés para con sus propias *particularidades* (30).

No será Pin i Soler, quien se limita a poner muy enfáticamente a Bélgica al lado de Francia, el encargado de poner los puntos sobre las íes en relación al problema, fundamental, de la asimilación de los intereses de una Cataluña renacida como nación a los del Estado francés. Ciertamente la labor de presentar a Francia como la madre de pueblos libres resultaba algo más complicada para cualquier intelectual catalanista que se preciase, para todo aquel que, por ejemplo, hubiese compartido de una u otra manera la ilusión occitana. Mucho más, por cierto, que la de presentar a los ejércitos de los imperios centrales como los «*nous soldats d'Atila*», y a los alemanes como sádicos ansiosos por dominar el mundo, catedráticos de filosofía moral reconvertidos en violadores de jóvenes francesas, fanáticos del gigantismo y de todo aquello que sea colosal (31). En esta última labor descolaron dibujantes y fotógrafos, cronistas y ensayistas. Era la tarea cómoda.

Lo raro, en este orden de cosas, era encontrar autores que escapasen a la antinomia gentileza (Francia)/brutalidad (Alemania). Uno de esos ejercicios que, como mínimo, matizaba la estigmatización de Alemania desde la trinchera dialéctica y propagandística de la francofilia será el de Amadeu Hurtado. Es de los pocos que incorpora una reflexión graduada. La historia reciente y las hegemónicas políticas que operaron tanto en el proceso de unificación como en el despliegue posterior de la Alemania guillermina habían dado una determinada correlación de fuerzas culturales, una jerarquización de valores que ahora se hallaban tras la agresividad, el militarismo y el expansionismo. Ahora bien,

(30) *Iberia*, 8 de mayo de 1915, p. 5. ANGUERA (1994).

(31) COROMINES (1972): 1470b, «Manifestació catalano-francesa» de 1917. RAFANELL I VALL-LLOSERA (2006). Sadismo alemán, en *Iberia*, 15 de mayo de 1915, p. 8. Aprovechando las reflexiones sobre la filosofía no faltará la crítica a «los españoles» que reivindicaban a Kant y Hegel sin haberlos leído, que desprecian la filosofía francesa por ligera y ordinaria, por banal.

Hurtado interpela a sus lectores y les pregunta si acaso pudiera existir en el sustrato último una Alemania «liberal, buena y amorosa», una nación y una cultura que «ha permanecido triste y muda ante los delirios megalómanos de un Imperio que ni es para ella ni ha podido gobernar» En la pregunta se contiene una certeza que tiene dificultades para hacerse oír en el ambiente guerra civilista al que se ha aludido: la de que «si así fuese, la humanidad podría esperar de la ruina del Imperio, no solo la salvación de la paz, sino la redención de Alemania» (32). Salvar a Alemania de ella misma sería el objetivo genuinamente europeo, y europeísta, catalán, y catalanista, de los combatientes en las trincheras y debería serlo, según se implica de su aportación, de los intelectuales comprometidos con *Iberia*.

En una dirección abiertamente contraria, Rovira i Virgili desplegó toda su capacidad polemista para enfrentar el gran riesgo para la movilización *unanimista*, lo que consideraba un lugar común entre catalanistas y federalistas: el presentar a Francia como el modelo más acabado, y más exitoso en sus logros aniquiladores de la diversidad y de las patrias naturales, de unitarismo y de centralización política. Y, lo que es más inconveniente, derivar de ello que es la influencia revolucionaria francesa la que ha dado pie al centralismo español. Este es un producto castellano, es fruto de la hegemonía de la meseta y anterior a las influencias galicanas. Al cabo, «el mal vent que ha ensorrat les institucions de Catalunya, és vent de ponent i no pas tramuntana» (33). Por lo demás, pocas dudas tiene Rovira en el sentido que la Francia contemporánea es una nación. Los problemas en su interior son de orden administrativo, a lo sumo de organización regional. Lo es no porque constituya una unidad étnica o lingüística sino porque, reclamándose de Ernest Renan, Rovira está seguro de que Francia es una «unidad espiritual», o una nación espiritual (34). La unidad espiritual, sin embargo, se ha labrado, mientras que, por ejemplo, en Suiza, una magnífica organización federal, se es incapaz de resolver el problema de una unidad espiritual que nunca ha llegado a alcanzarse. El destino francés lo ha forjado la ciudadanía francesa. El destino, alcanzado por el ejercicio de la voluntad, fue lo que la hizo convertirse en el motor de la revolución, en el espacio político y geográfico impulsor del principio católico de fraternidad en los tiempos modernos —resulta enternecedora la capacidad de la izquierda nacionalista republicana, al fin y al cabo usuaria de una cultura en la que el anticlericalismo y el laicismo jugaban un papel central en la visión del mundo y en la movilización de recursos para la acción colectiva, por asumir en ese contexto, en tanto que aliadófila, la antinomia Prusia luterana/Francia romana y situarse sin ambages como partícipes de lleno en el segundo de los polos (35)—. Es el destino, final-

(32) *Iberia*, 22 de mayo de 1915, p. 4.

(33) *Iberia*, 8 de mayo de 1915, p. 9. La sección que mantiene en *Iberia* ostenta el encabezamiento genérico de «Ideari de la guerra».

(34) *Iberia*, 15 de mayo de 1915, p. 8.

(35) *Iberia*, 22 de mayo de 1915, p. 3, *Balmes y Alemania*.

mente, lo que ahora, en 1914, convierte a Francia en baluarte frente a la agresión de los bárbaros y que puede, y debe, por ello, convertirse en la matriz de una confederación latina. De su potencial de resiliencia depende el porvenir de la humanidad.

Esa capacidad de asumir el castigo, integrarlo y convertirlo en fuente de resistencia a la agresión radica, para el intelectual republicano y catalanista, no tanto en París como en la Francia provincial. Rovira i Virgili puede recoger, en este sentido, la opinión de Giuseppe Prezzolini. El escritor italiano, que en los años previos ha trabado conocimiento con Georges Sorel y Henri Bergson –figura clave en el activismo aliadófilo de *Iberia*–, dirige *La Voce* y, cuando Italia entra en guerra, se enrola como voluntario. Es desde el órgano periodístico que administra que formula afirmaciones que serán asumidas como verdades analíticas en Barcelona:

«Emperò, tot vindicant París, el Prezzolini troba que on la França és més França, és en la província. Allí la vida familiar és exemplar. La classe mitjana provincial i la gent del camp són sòlides i admirables estructures socials, que es basten elles soles per a fer la força i la gloria d'un poble i que són suficients per a explicar la França de les trinxeres, la qual no és una França nova nascuda de la guerra, sinó que és la, França eterna, la França que no mor» (36).

La complacencia liberal para con los modos de vida pequeñoburgueses, ejemplificado en la referencia prezzoliniana y encarnada en la Francia rural, en la Francia de las pequeñas ciudades de provincia, en la Francia en la que la familia, la escuela, el negocio, el taller, el periodista, la propiedad,... tienen unas dimensiones humanas y constituyen la base material de un orden moral sostenido sobre la propiedad y la libertad, la participación y el amor por la cultura, devienen un tópico en la literatura francófila catalanista. Hay en todo ello una primera expresión de ese material cultural –el relativo al canto a los valores de la vida amable de las ciudades ajardinadas, de las regiones equilibradas– que, pasando en la década de los veinte por los ejercicios teóricos del arquitecto y urbanista Nicolau Maria Rubió i Tudurí, acabaría deviniendo lema político central, con la fórmula macianista de *la casa i l'hortet*, en el despliegue de la hegemonía *esquerrista* de los años republicanos (37).

El amor de Francia no arranca, en cualquier caso, del reconocimiento a un Estado centralizador. Si hay que estimular a un auditorio se consigna que los combatientes franceses son «els defensors de la nostra llibertat», y que lo son en nombre de una Francia suave, la de dimensiones humanas, presidida por la elegancia íntima de su cultura, la dulzura de sus paisajes, la Francia compleja que se expresa regionalizada: en los «castells de Turena, la dels felibres provençals, la França enyoradissa i religiosa de les costes bretones...» (38). Por

(36) *Iberia*, 12 de junio de 1915, p. 9. SALEK (2002). SANGIULIANO (2008).

(37) RUBIÓ I TUDURÍ (2006). PUJOL (1997). UCELAY DA CAL (1982).

(38) COROMINES (1972): 1463b, «Per l'amor de França». *Ibid.*, 1469b.

momentos es posible recuperar la fiebre occitanista, la pasión provenzal. Lo hace Romà Jori, pintor y crítico de arte, periodista impulsor de *Iberia*:

«Provenza fue en un siglo la parte más espiritual de Francia –y aun hoy lo ha sido por Mistral–. Francia es ahora la parte más espiritual del mundo latino, raza luminosa que cantó también el poeta, raza de apóstoles que predicán, de campanas que tañen, de trompetas que publican, de mano que distribuye el grano; raza de la lengua madre, que ha sido el río que hizo florecer la tierra; patria del arte, de la armonía y de la gracia, raza fuerte que ha descubierto un mundo y que ha encendido las estrellas, única que ha comprendido, sentido y creado la Belleza, mirándose en el espejo de su Mediterráneo» (39).

No es la Francia de la pasión jacobina, sino la que se refleja en el amor a una cultura, la propia, la que es la de los catalanes, la que ha sido derrotada, la que ha visto cómo su armonía se ha visto turbada por una poderosa máquina de destrucción que aspira a la reconstrucción, lo sepan o no, del Sacro Imperio Romano Germánico. La solidaridad es con la nación francesa, con la raza latina y, acaso, con el principio revolucionario que ha dado pie a un horizonte de fraternidad. Es, la catalana, una solidaridad que no arranca del cálculo sino de la condición íntima, en tanto que catalanes, por supuesto, pero también en tanto que miembros de la raza latina y actores orgullosos de su condición mediterránea.

El despliegue de toda esta suerte de argumentos arranca en Rovira, en Comromines, incluso en Nicolau, y en buena parte de la intelectualidad embarcada de una explicación de la guerra, de una busca de causalidades que excluye, como central, los intereses materiales, mercantiles... incluso geoestratégicos. Todos ellos son presentados, con alguna excepción, como banales, accidentales, accesorios.

Acaso ello tenga que ver con la necesidad de desencadenar oleadas de sentimentalidad solidaria. Acaso con el carácter excepcional que presentan análisis del estilo que procura, de manera mucho más sesuda y menos evanescente, Hurtado. Este destacado abogado, miembro de un sólido linaje republicano, es de los pocos que de manera reiterada intenta introducir una cierta racionalidad en la fijación de los porqués, aludiendo a sus raíces imperiales. Es de los escasos aliadófilos catalanistas que complementando, y no pocas ocasiones prescindiendo de, las explicaciones idiosincrásicas y de los estereotipos alude al militarismo germánico o, para ser más fieles a sus términos, al predominio efectivo del partido militar en la dirección política del Imperio como un dato que empieza a manifestarse con ocasión de las guerras balcánicas, pero que tiene su origen en un hecho algo más lejano: la resolución diplomática alcanzada en 1911 con motivo de la Segunda Crisis Marroquí, o crisis de Agadir. La activación de la diplomacia europea evitó en ese momento el choque pero

(39) *Iberia*, 10 de abril de 1915, p. 7.

«si lastimó profundamente la dignidad de Francia, descontentó muchísimo más al militarismo prusiano, poco dispuesto a transigir con las normas de derecho que cohibían sus ambiciones. Entonces, al tiempo que los directores de la política francesa resolvieron no consentir en lo sucesivo nuevas humillaciones, el partido militar pangermanista recabó para sí la facultad de orientar la futura política imperial en sentido más conforme con sus ansias de dominación y de conquista» (40).

Complejo y, sin ser equidistante, equilibrado ejercicio de establecimiento de causas y responsabilidades que poco atractivo resultaba para unos auditorios necesitados de imágenes fuertes y de pocos matices.

Si de lo que se trataba era de abordar el mapa de Europa, previo al conflicto, en toda su complejidad tenía mucho más éxito la observación racial y etnicista. ¿Carrera imperialista? En realidad, choque de razas. Europa era el terreno de juego en que se dilucidaba, en competencia feroz, el destino de eslavos, anglosajones, germanos... «comprendreu –ante este panorama– la necessitat d'utilitzar el nou valor humà que està creant França per a la futura formació de la Confederació llatina» (41).

4. WILSONIANOS ANTES QUE PIMARGALLIANOS

Con el pasar de los meses, y en la medida que se produjo la incorporación de los Estados Unidos, y de la administración Wilson al contencioso europeo, el catalanismo republicano aliadófilo sintió una atracción singular, y creciente, por el complejo de ideas y soluciones que el presidente norteamericano ofrecía como proyecto de resolución del contencioso de las nacionalidades en Europa. Es conocido que Wilson, con preferencia a Lenin, pasó a ser un referente exterior sobre el que, y con el que, construir un esquema nacionalizador y autodeterminista en el conjunto del nacionalismo catalán. También en el republicano (42).

La cuestión, no obstante, merece acaso una coda específica. En el sentido de que dicha influencia no fue en absoluto ajena a la transición del republicanismo federal desde sus raíces pimargallianas a otro de filosofía política sustancialmente distinta. Existe, argumenta Rovira al hablar de las posibilidades de nacionalización abiertas con la guerra y la agitación de las conciencias que la acompaña, un motivo de preocupación, un problema determinante: el de las multitudes. Estas, las catalanas, no acaban de seguir, como correspondería, a las minorías intelectuales. Las primeras tardan más en madurar. Un problema adicional se da en el caso de la nacionalidad catalana en esos años primeros del siglo xx. La presencia, en palabras de Rovira, de

(40) *Iberia*, 29 de mayo de 1915, *La firma insolvente*, p. 4.

(41) P. COROMINES, «Manifestació catalano-francesa», en *Obres completes*, p. 1470b.

(42) UCELAY DA CAL (1978). NÚÑEZ SEIXAS (2010): 49-57.

grupos alógenos de nueva o reciente formación. Fruto de los procesos inmigratorios, estos no pueden exigir la plenitud de los derechos nacionales hasta no disolverse y/o asimilarse. El mapa de Europa, precisamente en esos años, da multitud de ejemplos con los que orientarse. El de los checos en Viena, el de los austro-alemanes en Bohemia. Se han de encontrar soluciones civilizadas y modernas, que atiendan a la filosofía política liberal. Pero, al cabo, «nacionalment, el ciutadà d'altra nacionalitat, encara que sigui del mateix Estat, és estranger» (43). Queda dicho: algunos de esos vecinos podrán tener derechos civiles, incluso algunos derechos políticos no precisados, pero bajo ninguna circunstancia –mientras sigan siendo alógenos– «derechos nacionales». Sean estos lo que sean.

El segundo argumento sugerente y, en rigor, en plena sintonía con el planteamiento eurocéntrico de Wilson, es que hay pueblos *sub-nacionales*. Wilson, de hecho, facilita la ruptura –que no transición– entre el federalismo pimargalliano y el nuevo nacionalismo republicano. Pi, recordaba alarmado Rovira, había sido, y era de lamentar, un anticolonialista acérrimo, un partidario de dar la independencia a pueblos inferiores, aquellos que ocupaban mayoritariamente, y siguen ocupando en 1917, mayoritariamente las tierras de Asia, África y Oceanía. Rovira cree intolerable dar esa plenitud de derechos políticos colectivos a pueblos *sub-nacionales*, pueblos *salvajes*. Hay colonias a las que el principio de las nacionalidades es, por supuesto, aplicable, pero en ningún caso aquellas habitadas por población *indígena e incivilizada*, gentes, como las «de les tribus del Marroc o dels negres del Senegal», sin conciencia nacional, sin voluntad colectiva (44). En rigor, el problema de Pi era que, en federal no nacionalista, no se le ocurrió distinguir, como procede, a los pueblos nacionales de los que no alcanzan tal condición.

La coyuntura de la crisis y el principio wilsoniano de las nacionalidades –en absoluto contradictorio con el principio racial– es un principio que no se aplica en un momento dado es, siempre, un principio abierto. La decisión de un hombre, de una colectividad, no debe condicionar, según cual sea su opción, a las generaciones futuras. Rovira, horrorizado, contempla la posibilidad de que una nación, insuficiente en un momento determinado, yerre: «Si ha comès un error, si ha caigut en engany, pels segles dels segles els seus davallants sofriran la pena de l'irredimible pecat» (45). Amén. Liberal, acaso, pero inevitablemente encadenado a una visión de la vida, y del pecado, fieramente judeo-cristiana en su variante católica, el pecado de una nación sin alma, como la de un ser desalmado es merecedor de arrostrar la condena eterna pero una nación no puede ser condenada por una multitud desnacionalizada.

(43) ROVIRA I VIRGILI (1982): 157.

(44) ROVIRA I VIRGILI (1982): 159-161. SEYMOUR (2012): 59-73. Al cabo, la definición de las naciones, y de las nacionalidades, se encontraban en una combinación sincrética de factores naturales y de «voluntad». NÚÑEZ SEIXAS (2010): 41.

(45) ROVIRA I VIRGILI (1982): 147.

El principio de autodeterminación pasa a ser una suerte de ventana abierta por la que escapar a un destino subyugado cuando la nación recobre, literalmente, su alma nacional. Hay una naturalización de la nación. Aunque no existan, viven. Nacen y mueren, renacen. Las naciones pueden estar sometidas a procesos de nacionalización, desnacionalización, renacionalización... Pueden pasar del *atüiment* a la plenitud, pueden estar sometidas a situaciones de esclavitud o ser libres, pero siempre están ahí. La inestabilidad de los Estados es un riesgo, pero es una cuestión de justicia que las naciones, cuando alcancen su madurez, lleguen a la plenitud y se conviertan en Estado. El tiempo de la Primera Guerra Mundial, no es solo un tiempo de aceleración del proceso constitutivo de las nacionalidades, es también un tiempo en el que ha quedado claro, particularmente en el imperio austro-húngaro, que la supuesta superación del principio de las nacionalidades era un deseo acaso de los grandes Estados nación imperialistas pero no una realidad.

5. UNA NOTA SOBRE *CARTES D'UN VISIONARI*

A finales de 1920 Pere Coromines, quien había dejado de ser el máximo dirigente de la izquierda nacionalista y republicana tras el fiasco de San Gervasio, publica una colección de epístolas, dirigidas a Salvador Albert y a otros en las que reflexiona sobre el cambio que se está registrando en la cultura política republicana en el curso acelerado de los primeros tiempos del Novecientos.

Las primeras cartas datan de la primavera de 1913. Son anteriores a la guerra, pero arrancan de la convicción de la necesidad de pensar unas circunstancias marcadas por el estado deplorable al que había llegado el país –por Cataluña– y él mismo. La única referencia a estímulos intelectuales extranjeros es, sin embargo y en relación al primer grupo de cartas, muy clara: había tenido entre manos las *Réflexions sur la Violence* de Georges Sorel. Junto a ello, asegura, los panfletos de Marat. Inevitablemente las primeras reflexiones son duras. ¿A qué remiten? A la crisis del republicanismo, a la incapacidad del mismo para completar el necesario tránsito de los valores que habían definido el combate federal, democrático y popular en el siglo XIX a los nuevos tiempos. Son reflexiones de un intelectual no ya comprometido con la política sino que ha ejercido de dirigente político. Son los momentos terminales de su compromiso con *El Poble Català* y con la Unió Federal Nacionalista Republicana pero en los que cree que aún tiene algo que decir.

La segunda tanda de cartas incluidas en *Cartes d'un visionari* estarían, acaso, presididas por la lectura de obras mucho más temperadas –tanto en lo formal como en su contenido–, del jaez de las *Lettres Persanes*, de Montesquieu, o de las *Lettres écrites à un Provincial*, de Pascal. Lo relevante es que el referente francés sigue siendo no ya el dominante, sino el exclusivo, la luz siempre viene del Norte. Pero ese norte está justo detrás de los Pirineos. En cualquier caso, la

variante mullida insinuada en estas últimas influencias no acaba de dar juego dado que se ha producido el hecho fatal e impresionante. Aquel que aterra al espectador, el de las masas que se abalanzan férreamente disciplinadas, inflamadas, asegura, por el deseo de defender los valores de la propia civilización. Frente a la agresividad del espíritu germánico, deseoso como en el siglo IV de imponer al mundo su hegemonía, los pueblos de Europa habrían salvado su libertad. Aplicando, eso sí, una sacudida a la que no fueron ajenas ni el terror ni la violencia (46). No estaban las reflexiones intelectuales para sutilezas.

Ahora bien, 1917 es un año señalado en otro sentido. Coincide con el punto de arranque de un segundo acontecimiento seminal y es el momento que elige Coromines para retomar la citada correspondencia. Cabía recordar que, incluso en liberal republicano, quien había llevado a la humanidad a la espantosa colisión habían sido el imperialismo y el capitalismo. ¿Internacionalismo proletario? En absoluto. Rompiendo las estrechas cadenas impuestas por el Estado y la riqueza —en ocasiones se usa el concepto capital— fueron «els sentiments i els esperits nacionals els que donaren un ideal a la lluita», mientras que los actores, los sujetos colectivos en los que se encontró en quién encarnarlos, se obtuvieron de «la massa dels assalariats», «el dipòsit més generós» de material humano dispuesto al combate.

Al haberse producido este doble fenómeno la posguerra está obligada a construirse sobre este precedente y doble dato. Ni el imperialismo ha podido evitar que el derecho de autodeterminación constituya el perno del orden internacional establecido en los tratados de paz, ni, asegura, «el capitalisme no té en la seva concepció normes per a encaixar l'economia nova i és impotent per a contenir la marxa de les multituds treballadores cap a la seva emancipació de l'antic salari». Un catalán liberal no puede no reconocer, asegura, que «ni el capitalisme ni l'imperialisme poden contenir la humanitat d'avui amb la prodigiosa ufana dels seus anhels». Sin duda estamos ante otro registro (47).

No está entusiasmado con la perspectiva. Se sabe un hombre de un mundo viejo, caído, débil. Reconoce que pasarán muchos años antes de que vuelva a hacerse realidad un clima de paz benigna y clemente. En no menor medida está insinuando su retirada del primer plano de la escena política. En 1913 lo que se pone en cuestión, en concreto, es la vieja militancia republicana. Entre 1917 y 1920 se va más allá: se problematiza la virtualidad de los valores democrático liberales del siglo XIX, de los contenidos republicanos.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

La Gran Guerra asoma, a finales de 1914 y principios de 1915, como una puerta abierta a un mañana impreciso en sus contornos. Un futuro, sin embargo,

(46) COROMINES (1972): 948b.

(47) COROMINES (1972): 949a.

atractivo en la medida que habría posibilidades de transición desde un presente marcado por las constricciones en el orden nacional y en el terreno de lo social, por las vacilaciones en el plano de los procesos democratizadores. No es menos verdad que es observada por no pocos intelectuales catalanistas con un punto de inquietud. En algunos casos por las flaquezas de la comunidad cultural a la que se pertenece. En otros, como asoma en la prosa de Coromines, en tanto en cuanto una parte de esos ambientes intelectuales provenían del pasado y la aceleración del tiempo histórico les arrebatava las seguridades, y las comodidades asociadas a las certezas ineficaces, de las que habían disfrutado en sus tiempos de formación personal y política. Ni la república ni la reforma social clásica aparecían como anhelos razonables. Ni estables. Iban y venían con gran precipitación. Mientras tanto, estaban contribuyendo a independizar una cultura nacional y, en ese mismo momento, estaban siendo captados por un entramado institucional, el asociado a la Mancomunidad y a las instituciones de cultura.

Los más jóvenes recibían el nuevo clima con no menores angustias. En parte por la naturaleza brutal del conflicto. En parte porque venía a poner en entredicho los fundamentos de una filosofía política que en la izquierda catalanista seguía constituyendo el filón fundamental, un cierto liberalismo popular que recelaba tanto del Estado, nuevo agente conductor, como del protagonismo autónomo de unas masas proletarias que en Barcelona y por extensión en Cataluña contribuía menos de lo deseable a la obra nacional.

La coyuntura facilitada por la Primera Guerra Mundial obra sobre la intelectualidad catalanista y republicana en un doble sentido. Por un lado, facilita nuevos materiales para la reflexión puramente especulativa a propósito de la incidencia de condiciones hasta entonces impensadas en la operatividad de los proyectos emancipadores. En breve, la necesidad de reacomodar el sustrato liberal y socialista de la izquierda democrática y popular, de adecuarlo en sus respuestas a las emergentes condiciones no ya de la sociedad de masas sino de la movilización de las mismas y su encuadramiento en un contexto de combate total entre Estados. La nación y el horizonte de reforma social han adquirido una textura inédita. Esos, y no otros, eran los elementos centrales de la agenda teórica del federalismo, del nacionalismo republicano, del izquierdismo catalanista.

Existe, como anotábamos, una segunda dimensión. Más allá de la teoría el contexto de guerra europea y la confrontación entre filias antagónicas, la guerra, y el compromiso militante con los bandos, facilita un terreno de juego nuevo para la movilización de las multitudes. Por la propia naturaleza que adquiere el conflicto, en el sentido de tratarse de un conflicto entre civilización y cultura, los intelectuales catalanistas se hallarán al frente de no pocas de esas iniciativas movilizadoras: el mitin o la llamada al alistamiento en unidades de voluntarios catalanes, el homenaje a las autoridades francesas de visita en tierras catalanas o la organización de expediciones, ampliamente publicitadas, de intelectuales a los campos de batalla —en expediciones solidarias en ocasiones estrictamente catalanas, en otras españolas— son modalidades diversas presentes en esos años.

No es menos cierto que, acaso la singularidad más remarcable, en el caso de la intelectualidad catalanista respecto de otros colectivos de expresión castellana, sea el hecho que enfrente el aliadófilo tuvo otro segmento de la intelectualidad –con la misma intensidad nacionalmente catalana– que, bajo la égida de Cambó y Joan Estelrich, operó con un proyecto propio y alternativo, confrontado con el anterior en términos institucionales.

Probablemente, y en realidad, el episodio de la primera guerra mundial constituyó para la intelectualidad republicana catalanista un punto y seguido. Un punto que formalizó, en materia nacional, una disyuntiva. Por un lado, la posibilidad de plantear la conveniencia de que Cataluña se convirtiera en la punta de lanza de la necesaria europeización de España. El vector que impulsase, mediante su liderazgo y la densidad de su trama de contactos con París y otras capitales europeas, al conjunto de los pueblos peninsulares hacia adelante. Por el otro, como establecería Rovira i Virgili, habría quien tendría claro que, más allá de las disyuntivas entre Cataluña *endins* o *enfora*, cronologías en las que el tiempo histórico se aceleraba, y la que se inicia en 1914 lo era, les permiten a los intelectuales del país otear sus propios horizontes... y acaso empezar a prescindir de los espacios adyacentes:

«Podem fer de Catalunya un troç d'Europa». (...) «Respecte al restant de la península, no podem fer altra cosa que encoratjar els moviments que en igual sentit iniciïn els seus homes. Aquesta és una feina que se l'ha de fer cadascú per si mateix, i ningú no la pot fer per un altre» (48).

7. BIBLIOGRAFÍA

- ANGUERA, PERE (1994): «El pensament polític i social del novel·lista Josep Pin i Soler», en *Actes del Simposi Pin i Soler*, Tarragona, Inst. d'Estudis Tarraconenses Ramon Berenguer IV, pp. 105-165.
- ARNAU, CARME (2006): «Carme Karr i Feminal», en *Revista de Catalunya*, n.º 221, octubre de 2006, pp. 85-96.
- BALCELLS, ALBERT, PUJOL, ENRIC y SABATER, JORDI (1996): *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia*, Barcelona, Proa.
- BALCELLS, A. (2007): «Estudi introductor» a Ll. Nicolau d'Olwer, *Democràcia contra dictadura. Escrits polítics, 1915-1960*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.
- (2014): *La Mancomunitat de Catalunya, 1914-1925: el primer pas vers l'autogovern des de la desfeta de 1714*, Barcelona, Diputació de Barcelona.
- BILLIG, MICHAEL (2006): *Nacionalisme banal*, Barcelona/Cattarroja, Afers.
- CACHO VIU, VICENTE (1997): *Revisión de Eugenio d'Ors, 1902-1930, seguida de un epistolario inédito*, Barcelona, Quaderns Crema/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

(48) ROVIRA I VIRGILI (1982): 163-166.

- (1998): *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, prólogo de Albert Manent, Barcelona Quaderns Crema.
- COLOMINES, AGUSTÍ y MADAULA, AURORA (2014): *Pàtria i progrés: la Mancomunitat de Catalunya, 1914-1924*, pròleg de Francesc-Marc Álvaro, Barcelona, Comanegra.
- COROMINES, PERE (1972): *Obres completes*, Edició i assaig biogràfic de Joan Coromines, Barcelona, Selecta.
- EPISTOLARIO ENTRE MIGUEL DE UNAMUNO Y JUAN MARAGALL Y ESCRITOS COMPLEMENTARIOS* (1951): Barcelona, Edimar (2.^a edición con textos inéditos, 1976).
- EPPS, BRAD EPPS (2005): «Between Europe and Africa: modernity, race, and nationality in the correspondence of Miguel de Unamuno and Joan Maragall», en *Anales de la literatura española contemporánea*, ALEC, vol. 30, n.º 1-2, 2005, pp. 97-132.
- ESCULIES, JOAN y MARTÍNEZ Fiol, DAVID (2013): *12.000! : els catalans a la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Ara.
- FUENTES, MAXIMILIANO (2009): *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès.
- (2011): *Un viaje por los extremos: Eugeni d'Ors entre la Gran Guerra y el fascismo (1914-1923)*, Girona, Universitat.
- (ed.) (2013): *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*, en *Ayer*, n.º 91, Madrid, AHC/Marcial Pons.
- (2014): *España en la Primera Guerra Mundial: una movilización cultural*, prólogo de José Álvarez Junco, Madrid, Akal.
- IZQUIERDO, SANTIAGO (2001): *Pere Coromines, 1870-1939*, Barcelona/Catarroja, Afers.
- (2010): *El republicanisme nacional a Catalunya: la gestació de la Unió Federal Nacionalista Republicana*, Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Històrics.
- JULIÀ, SANTOS (2013): «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», en *Ayer*, n.º 91, pp. 121-144.
- MARTÍNEZ Fiol, DAVID (1991): *Els «Voluntaris Catalans» a la Gran Guerra*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- NAVARRO, EMILIO (1915): *Historia crítica de los hombres del republicanismo catalán en la última década (1905-1914)*, Barcelona, Ortega & Artís.
- NICOLAU D'OLWER, LLUÍS (2007): *Democràcia contra dictadura. Escrits polítics, 1915-1960*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL (2010): *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacional a Europa (1914-1936)*, Barcelona/Catarroja, Afers.
- PÉREZ-BASTARDAS, ALFRED (2003): *Barcelona davant el pressupost extraordinari de cultura de 1908*, Barcelona, Mediterrània.
- PLA, XAVIER (ed.) (2012): *Maurras a Catalunya: elements per a un debat*, Barcelona, Quaderns Crema.
- PUJOL, HERMINIA (1997): «Dues visions de Barcelona als anys 30. El Pla de distribució en zones del territori català i el Pla Macià (1932-1934)», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, vol. XII, n.º 43, pp. 81-116. <http://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000072/00000077.pdf>.

- RAFANELL I VALL-LLOSERÀ, AUGUST (2006): *La il·lusió occitana. La llengua dels catalans entre Espanya i França*, Barcelona, Quaderns Crema, 2 v.
- ROVIRA I VIRGILI, ANTONI (1915): *Debats sobre'l catalanisme*, Barcelona, Societat Catalana d'Edicions.
- RUBIÓ I TUDURI, N.º M. (2006): *La pàtria llatina: de la Mediterrània a Amèrica*; traducció, introducció i notes per Josep M. Quintana, Barcelona, Institut Menorquí d'Estudis/Abadia de Montserrat.
- SAFONT I PLUMED, JOAN (2012): *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, A Contra Vent.
- SALEK, ROBERTO (2002): *Giuseppe Prezzolini : una biografia intellettuale*, Firenze, Le Lettere.
- SANGILUANO, GENNARO (2008): *Giuseppe Prezzolini: l'anarchico conservatore*. Milano, Mursia.
- SEGURA, ISABEL (2007): *Els feminismes de Feminal*, Barcelona, Generalitat/Institut Català de les Dones.
- SEYMOUR, RICHARD (2012): *American insurgents. A brief history of American anti-imperialism*, Chicago, Haymarket Books.
- SUÁREZ CORTINA, MANUEL (coord.) (2011): *Libertad, armonía y tolerancia. La cultura institucionista en la España contemporánea*, Madrid, Tecnos.
- TEIXIDOR COLOMER, ANNA (2013): *Josep Puig Pujades. Líder del republicanisme empordanès*, Barcelona, Fundació Josep Irla.
- UCELAY DA CAL, ENRIC (1978): «Wilson i no Lenin: l'esquerra catalana i l'any 1917», *L'Avenç*, n.º 9, pp. 53-58.
- (1982): *La Catalunya populista: imatge, cultura i política en l'etapa republicana, 1931-1939*, Barcelona, La Magrana.
- (2003): *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa.
- (2003): *El Imperialismo catalán: Prat de la Riba, Cambó*.